

# *Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930*

Juan Carlos Portantiero

UBA

La crisis económica mundial de 1929 y la crisis política desatada en 1930 con el derrocamiento del presidente Yrigoyen, tras sesenta años ininterrumpidos de gobiernos constitucionales, colocó al socialismo argentino ante nuevos desafíos. Un mundo se derrumbaba: el del liberalismo económico y político, que había propiciado el marco cultural con el cual el partido fundado por Juan B. Justo había obtenido un lugar significativo en la vida social argentina.

Por esos años y en el vértice de la crisis general, el joven Américo Ghioldi podía trazar un balance complacido de esa historia. En un curso dictado en 1933 reclamaba un lugar principal para el socialismo en la integración en la modernidad de la Argentina:

Sólo la escuela primaria puede mostrar una tan grande obra de asimilación nacionalista como la desarrollada por los órganos del movimiento autónomo e integral de la clase obrera organizada sobre bases socialistas. La lucha de clases ha cumplido y cumple una tarea profundamente civilizadora. Asimiló a los extranjeros, elevó al pueblo educándolo políticamente y mejoró la política, obligando a los partidos burgueses a darse una organización moderna.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Américo Ghioldi, *El socialismo en la evolución nacional*, Buenos Aires, Escuela de Estudios Sociales Juan B. Justo, 1933.

La crisis económica con su secuela de desocupación, el viraje proteccionista de las economías centrales, el ascenso de los autoritarismos y la reanudación del fraude en las costumbres políticas argentinas tras el retorno al poder de las oligarquías conservadoras, abrirían nuevos escenarios que necesariamente obligaban a un replanteo.

No se encontraba el Partido Socialista inicialmente en las mejores condiciones para hacerlo. La muerte de Juan B. Justo en 1928, su figura más esclarecida, dejaba un vacío, agravado por la escisión de los socialistas independientes encabezados por Federico Pinedo y Antonio de Tomaso, que en las elecciones de 1928 y 1930 desplazarían al socialismo de la Casa del Pueblo a un tercer lugar en el electorado de la Capital Federal, con un solo diputado en el Parlamento tras 18 años en los que su desempeño electoral en el distrito nunca había bajado del 30 por ciento. En ese marco, y con plena participación de los escindidos, en alianza con las viejas fuerzas conservadoras, triunfa el golpe militar encabezado por los generales Uriburu y Justo.

El partido tuvo una actitud ambigua frente a él: aunque no participó de su gestación, era tan grande su oposición al régimen de Yrigoyen que lo vivió como un alivio, siempre que se retornara rápidamente a la vigencia de la Constitución. Sin embargo, en la medida en

que alrededor de Uriburu se fortalecían las ideas corporativistas y se alentaba el fraude electoral, los socialistas pasaron rápidamente a la oposición, sus periódicos fueron clausurados y sus principales dirigentes encarcelados. Cuando finalmente se convocó a comicios, con la abstención del radicalismo, por primera vez en su historia los socialistas encararon la construcción de una alianza electoral, esto es, se colocaron como horizonte la posibilidad de ser gobierno.

Con la Alianza Socialista-Demócrata Progresista y su fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto, el PS abandonaba una tradición secular de intransigencia práctica, aunque no teórica, porque su segundo Congreso, en 1898, había aceptado la tesis justista que permitía las coaliciones políticas. Sumado a la ausencia de los radicales, ese paso le permitió incrementar enormemente su caudal legislativo: de un diputado en 1930 pasó a tener 43 y 2 senadores entre 1932 y 1935 y, luego de diversas oscilaciones en el contrapunto con la Unión Cívica Radical, en la última elección anterior al golpe militar de 1943 ganó la mayoría en la Capital contra el radicalismo y obtuvo 17 diputados nacionales en 1942. Este crecimiento se verificaba también en el número de afiliados y de centros: si en 1929 registraban 9.600 afiliados y 252 agrupaciones, en 1934 las cifras ascendían a alrededor de 30.000 (contando a los miembros de las juventudes) y 552 centros. Asimismo, controlaban las comunas en 16 ciudades de 10 provincias y territorios nacionales.<sup>2</sup>

La década también muestra un salto en su presencia en el movimiento sindical, sobre todo a partir de 1935, cuando, en compañía

de los comunistas, llega a controlar la CGT, y hasta la división en 1942, cuando las dos centrales creadas tienen en su dirección a afiliados o simpatizantes del Partido Socialista.

Todo esto se esfumará con la aparición del peronismo. La crítica habitual señala que es a partir de los errores y desviaciones cometidos durante la década que el socialismo permite capturar su base social por el nuevo movimiento. Como la izquierda en general, el PS –paralizado por visiones eticistas, sectarias e ideologistas que venían de su tradición de partido de élites– no habría interpretado las nuevas corrientes que se abrían en la sociedad argentina en esos años de profundas transformaciones. No se trata de discutir la pertinencia de estos juicios –que fueron especialmente bandera de la llamada “izquierda nacional”– sino de destacar, objetivo de estas notas, que el proceso abierto en el interior del partido en torno del carácter de la crisis y de la posición del socialismo en ella abarcó un rico espacio de discusión. Los grandes temas sometidos a debate giraron en torno del combate del fascismo, del cual el socialismo fue pionero en la izquierda, y de la ampliación de las alianzas con ese fin; la nueva relación que debía entablarse entre partido de clase, sindicatos y trabajadores; el enfrentamiento entre tácticas reformistas y revolucionarias y, por fin, las alternativas de política económica que el socialismo debía levantar como plan de gobierno. De todos ellos nos centraremos en este último, en el que la herencia justista, construida en otro mundo cultural, era también, discretamente, puesta en juego.

### **La discusión económica**

En noviembre de 1933 Federico Pinedo, ministro de Hacienda del general Justo, da a conocer una serie de decretos por los que se produce una devaluación de la moneda, la instrumentación del control de cambios y la creación de

<sup>2</sup> Es necesario incluir en este crecimiento la incorporación al partido de figuras significativas de la vida intelectual, como Alejandro Korn, Deodoro Roca, Alfredo Orgaz, Enrique Mouchet, José María Monner Sans, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte, entre otros. Además, se reincorporarían a sus filas Alfredo L. Palacios y, fugazmente, Manuel Ugarte.

juntas reguladoras de la producción. Más allá de que sus intenciones iniciales no fueran éstas sino la defensa de los precios agrícolas, las medidas constituirían –junto con otras tomadas durante la primera permanencia de Pinedo en el Ministerio, hasta 1935– las bases de un proceso de crecimiento industrial que caracterizaría a la década a través de la sustitución de importaciones. Pero la visión de la dirección partidaria, encarnada en el debate parlamentario por Enrique Dickman, se enmarcaría estrictamente en los lineamientos tradicionales del socialismo precrisis: contra toda depreciación de la moneda y contra el proteccionismo comercial y a favor de la estabilidad monetaria y el librecambio. Así lo señalaba Dickman en el curso de una interpelación parlamentaria sobre la cuestión:

Hace bastante tiempo que estamos librando una batalla a brazo partido contra las ideas erróneas de bastarse a sí mismo, del nacionalismo económico, de exportar todo y no importar nada, sino oro. Esa idea del proteccionismo cerrado consiste en vender a todo el mundo y no comprarle a nadie, y contra ella hace muchos años que estamos luchando a brazo partido. Alguna vez hemos contado con la eficaz colaboración de los actuales ministros de Hacienda y Agricultura.<sup>3</sup>

Toda la intervención de Dickman para fijar la posición del PS transcurrió en el mismo tono ideológico que Nicolás Repetto caracterizaba como de repudio de “las dictaduras económicas” y de afirmación “de la necesidad de volver al comercio libre, al cambio de mercaderías por mercaderías, en una palabra, al noble y fecundo comercio que por mucho tiempo aún desempeñará en el mundo una finalidad inseparable de su bienestar y su progreso”.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Enrique Dickman, *Salarios, moneda y cambios*, Buenos Aires, Partido Socialista, 1934, p. 62.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 10.

La ola de proteccionismo mundial encabezada por las grandes potencias tras la crisis era vista como un paréntesis que prontamente debía ser superado. “Una locura pasajera”, dice Dickman, hasta “que el mundo vuelva a la cordura (y se retorne) a una gran unidad económica internacional, donde a cada nación le toque una parte en la producción y el comercio mundial”.<sup>5</sup>

Para los socialistas, el mecanismo que había desatado la crisis residía en un desequilibrio entre los precios agrícolas, a la baja, mientras subían los precios industriales, desequilibrio que obligaba a los agricultores a reducir el consumo y con ello provocaba el descenso de la producción industrial y el consecuente incremento de la desocupación. Nicolás Repetto lo expresaba así:

El capitalismo liberal de la anteguerra ha sido reemplazado por un capitalismo autoritario que ha alcanzado una concentración formidable. Las peores empresas se han aprovechado de ese proteccionismo y otros nuevos se han creado para aprovecharse de los precios artificialmente elevados. Protegidos por altos derechos de aduana han surgido, se han mantenido y han crecido numerosas industrias.

Para culminar con esta expectativa: “El librecambio y las cooperativas agrícolas serán los agentes del renacimiento económico mundial”.<sup>6</sup>

Por supuesto que esta defensa del *statu quo* anterior a la crisis y que tenía como clave de bóveda interna la defensa del valor de la moneda –un tema vital de la ideología económica de Juan B. Justo– aparecía como reivindicación del salario de los trabajadores, como protección para su capacidad de consumo. Su antiproteccionismo, su desvelo por los equili-

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>6</sup> Cf. *La Vanguardia*, No. 8791, 8 de octubre de 1931.

brios fiscales, su combate contra cualquier elemento inflacionario descansaba en una visión del trabajador como consumidor y, en ese carácter, en la posibilidad de ampliar los cauces de un partido de clase a un partido popular.<sup>7</sup>

El Partido Socialista no estaba ideológicamente preparado para analizar el período como algo más que coyuntural, para verlo como lo que fue: una ocasión de cambio de régimen macroeconómico a partir de una política monetaria más expansiva inaugurada por Pinedo en 1933. Como ella coincidía con la escasez de divisas el resultado fue un nuevo y gran impulso a la industrialización sustitutiva de importaciones, que movilizaría a nuevas fuerzas ideológicas y sociales: el nacionalismo, civil y militar; la nueva clase obrera y la nueva burguesía, en un cuadro mundial que quebraba las viejas normas del liberalismo.

### Otras miradas sobre la crisis

Pero la visión ortodoxa no sería la única vigente en la década. La crisis, la desocupación masiva y el ascenso de los totalitarismos, especialmente el fenómeno del nazismo en el país de mayor tradición socialdemócrata en el mundo, condicionarían la aparición de nuevas preguntas y de nuevas respuestas.<sup>8</sup> “Tiempos difíciles y nuevos deberes”, titulaba el patriarca del so-

cialismo Emile Vandervelde, entonces titular de la IOS (Internacional Obrera Socialista), a los nuevos desafíos planteados por la crisis.<sup>9</sup>

En los cuadros sindicales y políticos europeos no cabían dudas acerca de los cambios producidos en el mundo. En 1933, la Conferencia Socialista Internacional expresaba:

La crisis mundial ha modificado esencialmente la estructura de la economía capitalista. La fase de desarrollo liberal-individualista del capitalismo ha terminado. Bajo el peso de la crisis se desarrolla en forma acelerada un capitalismo monopolista concentrado y organizado [...]. Las nuevas formas de una economía controlada y organizada por el Estado pueden llegar a ser formas de transición del capitalismo al socialismo si los obreros y campesinos pasan a controlar el Estado y la influencia de éste sobre la economía encuentra su contrapeso en organizaciones libres de la clase obrera.<sup>10</sup>

Con este encuadre se abrió una rica discusión en el socialismo local, que tuvo tres líneas maestras. Por un lado la que seguía enfatizando la temática tradicional del partido, encabezada por Repetto y Dickman. En segundo lugar, la de la izquierda, que abrirá una discusión sobre la táctica, colocando el eje en la dicotomía Reforma versus Revolución, impulsada por la Federación Socialista Mendocina liderada por Benito Marianetti, que habrá de impulsar, a mediados de la década, un frente común con el Partido Comunista.<sup>11</sup>

<sup>7</sup> Muchos años antes, en 1915, Repetto caracterizaba así al Partido Socialista: “Existe en el país un gremio que es el más importante de todos y que está por encima de todos [...] Ese gremio es el de los consumidores”. “¿A quién defienden los socialistas? Pero es que el señor diputado no ha comprendido hasta ahora [...] que un punto de vista muy importante para el Partido Socialista es, precisamente, la defensa del punto de vista de los consumidores”, Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, I, 1915, pp. 278-279.

<sup>8</sup> Un hermoso libro de Adolf Sturmthal, *La tragedia del movimiento obrero*, México, FCE, 1945, sintetiza ese debate. Otro clásico sobre estos cambios de época es el de Karl Polanyi, *La gran transformación*, México, Juan Pablos Editor, 1975.

<sup>9</sup> Publicado en la *Revista Socialista*, No. 31, diciembre de 1932.

<sup>10</sup> “Estrategia y táctica del movimiento obrero internacional en la época de la reacción fascista”, París, 21 de agosto de 1933, en *Historia de la Internacional Socialista*, México, Nueva Sociedad-Nueva Imagen, 1979. El texto se publicó en el No. 41 de la *Revista Socialista*, Buenos Aires, octubre de 1933.

<sup>11</sup> El texto canónico de esa corriente fue un libro de Marianetti, *La conquista del Poder*, publicado por la Editorial Claridad en 1933. Importante papel jugó también

La tercera línea, que es la que nos interesa desarrollar, intentará, sin abandonar el partido ni enfrentar abiertamente a su dirección, articular reformismo económico con reformismo político a través del impulso de un programa de gobierno. Hasta 1930 y bajo la dirección justista el horizonte principal de la política socialista había sido la obtención de reformas desde el Parlamento que mejoraran las condiciones de vida de los trabajadores. En la década de 1930 el partido habrá de aumentar su apuesta y bregará por una participación más directa en el gobierno, como lo demuestra la experiencia de alianza con los demócratas progresistas en 1931 y los diversos intentos de unidad política más amplia hasta mediados de la década de 1940. La búsqueda de contenidos para la realización de ese objetivo será el eje de la nueva corriente, que encontrará en los economistas Rómulo Bogliolo y José Luis Peña —ambos diputados nacionales— sus figuras principales. La *Revista Socialista*, dirigida por Bogliolo desde 1930, y la Escuela de Estudios Sociales “Juan B. Justo” fundada en 1933, serán baluartes de esa lucha ideológica, a la que se sumaría la colección *Pequeño Libro Socialista* que, mensualmente, publicaría textos de autores locales e internacionales.

Este sector del socialismo se propondría reformar constructivamente el reformismo tradicional, introduciendo, en el clímax de la crisis, la necesidad de discutir el problema del poder —lo que lo acercaba a las posiciones de la izquierda partidaria— pero en clave democrática

---

la revista *Cauce*, dirigida por Ernesto Giudici, y la revista *Izquierda*, dirigida por Carlos Sánchez Viamonte, Benito Marianetti, Bartolomé Fiorini y Urbano Eyra. Otra tribuna de esa polémica fue la revista *Claridad* hasta mitad de la década. Estas líneas fueron derrotadas en el XXII Congreso Ordinario realizado en Santa Fe en mayo de 1934 y la mayoría de sus líderes fueron abandonando el partido a partir de 1934. El fruto más importante de esa división fue la creación del Partido Socialista Obrero, que en la década de 1940, debilitado, se integrará al Partido Comunista. Algunos, como Giudici, ingresarán directamente a dicho partido en 1934.

y evolutiva, lo que le permitía no romper con la línea general de la fracción ortodoxa, aunque ésta siempre mirara con recelo sus proyectos. Contra el reformismo tradicional precrisis y contra el catastrofismo de la revolución inminente, estos defensores de una “revolución constructiva” buscaban superar la escisión entre Reforma y Revolución que caracterizó la discusión de la primera mitad de la década.<sup>12</sup>

El punto de partida de sus posiciones fue la definición que la IOS y la Federación Sindical Internacional habían dado sobre la nueva etapa, amenazada por los fascismos, en la cual las formas liberales del capitalismo eran estructuralmente reemplazadas por una fase de capitalismo organizado y de economía dirigida. La línea sostenida por el socialismo debía aceptar esas condiciones pero para reemplazarlas por otra, planificada también, pero no por los *cartels* y *trusts* sino por la asociación entre trabajadores y Estado. Los temas del planismo y de la intervención del Estado sobre los mercados ocuparían el centro de la escena.

Un aspecto central de la cuestión residía en el papel de los sindicatos en un momento en que en su interior crecía la acción de los socialistas. La posición justista sobre el problema sostuvo la necesidad de afirmar su autonomía con relación al partido, afirmación que habría de ser revisada, no para disminuir su autonomía, pero sí para no confundirla con neutralidad política. La dirección partidaria compartía ese criterio y de hecho los socialistas libraron en la CGT una dura lucha por el alineamiento político de ésta en relación con los grandes problemas nacionales. En 1933 Dickman escribía: “La neutralidad reduce al movimiento gremial proletario a un campo estrecho e infecundo de un corporativismo

<sup>12</sup> Véase sobre el tema el excelente trabajo pionero de María Cristina Tortti, “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel, *Representaciones inconclusas*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

egoísta y mezquino”.<sup>13</sup> Esa línea con la que coincidían, con orientaciones diversas, la izquierda y los neorreformistas, habría de caracterizar las relaciones entre sindicatos y partido durante toda la década, incrementada sobre todo entre 1932 y 1935 por la importante presencia socialista en el Parlamento, lo que le permitía intervenir decisivamente en la producción de una nutrida legislación en favor de los trabajadores. En efecto, entre 1932 y 1935 se aprobaron 27 de las 69 leyes sobre el trabajo sancionadas entre 1903 y 1942 –cerca del 40 por ciento–, entre ellas la ley 11.729 de indemnización por despido y vacaciones pagas, la 11.640 sobre “sábado inglés”, la 11.837 sobre cierre de los comercios a las 20 horas y varias sobre jubilaciones para diversos gremios.<sup>14</sup>

### Planismo e intervención

Los neorreformistas irían más allá en cuanto a intervención obrera pues otorgaban a los sindicatos un papel central en la fijación de políticas de Estado. El punto de partida legislativo de las ideas de Bogliolo fue el proyecto presentado en la Cámara de Diputados en 1933 sobre creación de un Consejo Económico Nacional, integrado por 15 miembros, entre los cuales deberían contarse representantes de los sindicatos y de los consumidores, además de delegados del Poder Ejecutivo, de las cámaras empresariales y de las universidades. En los fundamentos del proyecto señalaba: “En estos momentos la realidad indica que el Estado interviene cada día con más fuerza en las relaciones entre los individuos.

El problema estriba, entonces, en dar una orientación definida a esa intervención, pero en forma orgánica y de conjunto”.<sup>15</sup>

Bogliolo habría de desarrollar estas tesis durante la década, ya sea en cursos dictados en la Escuela de Estudios Sociales Juan B. Justo o en numerosos artículos y comentarios publicados en la mensual *Revista Socialista*, de la cual fuera director.<sup>16</sup>

Influido por el clima de discusión que vivía por entonces el socialismo internacional –sobre el cual la revista daría abundante información a través de artículos de Vandervelde, Kautzky, Otto Bauer, Karl Renner, Max Adler y Henri de Man, entre otros– Bogliolo bregaría por una redefinición de las tareas del partido para colocarlo ya no como oposición parlamentaria sino como eje de una política de gobierno. Su prédica sólo encontró un eco relativo en la mayoría de la dirección –que no lo acompañó en su proyecto de Consejo Económico Social de 1933– pues tampoco la fracción de izquierda consideró confiables sus núcleos doctrinarios. Pero finalmente el XXIV Congreso Ordinario del partido, en 1938, habría de recoger lo esencial de su proyecto.

Las propuestas se centraban en la idea de la planificación de la economía a través de la nacionalización de las industrias estratégicas, del sistema bancario y de la apropiación para la colectividad de las grandes extensiones agrarias, pero de manera progresiva y acompañada con la evolución mundial hacia formas de economía dirigida, por cuanto el proceso no podría tener lugar plenamente en condiciones de autarquía.

En un artículo de 1935 Bogliolo traza un balance político sobre los cambios operados

<sup>13</sup> Enrique Dickman, “Gremialismo y socialismo”, en *Revista Socialista*, No. 30, 1932.

<sup>14</sup> Véase *¿Qué es el socialismo en la Argentina?*, por Alicia Moreau de Justo, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, y Mario R. Tissenbaum, *La codificación del Derecho de Trabajo ante la evolución legislativa argentina*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1947.

<sup>15</sup> Rómulo Bogliolo, *La economía colectiva*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1932.

<sup>16</sup> Además del citado anteriormente, las publicaciones principales de Bogliolo en la época fueron dos cursos en la Escuela de Estudios Sociales: *Organización de la economía nacional*, 1933 y *Los problemas del capitalismo organizado*, 1934.

en el socialismo. “Va modificándose –señala– el criterio reformista simple de esperarlo todo de unos leves retoques a la fachada de la actual sociedad.” “Los últimos veinte años de acción socialista fueron de destrucción interna y pérdida de influencia exterior.” Destrucción interna porque no se planteaba la resolución de los problemas concretos de los trabajadores. La crisis

[...] hizo que los trabajadores negaran su apoyo a los partidos incapaces de demostrar energía y capacidad para un mejoramiento inmediato de su situación. Ahora ya se actúa de otra manera. Se va comprendiendo que para tener alguna posibilidad de éxito es indispensable la aquiescencia de la amplia mayoría.

Y refiriéndose al viraje comunista oficializado por el VII Congreso de la Comintern, agrega “hasta los comunistas lo han aprendido: lo del Frente Popular es una vuelta entera que indica el error sostenido a costa de la organización obrera y socialista”. En cuanto a influencia exterior, Bogliolo sostiene que la pérdida se ha revertido gracias al “llamado cordial a las capas intermedias de la población para que aporten sus energías para el logro de comunes aspiraciones de bienestar en una lucha de liberación nacional”. Y finalmente insiste en la necesidad de autocrítica partidaria. Al hacer referencia a un documento del Comité Ejecutivo Nacional del partido, señala que se trata de “un tímido llamado que requiere una continuación, una explicación acabada de nuestros planes concretos”. Pero se pregunta; “¿Tenemos esos planes? ¿Está el partido preparado para esa acción? Es indispensable conocer nuestros problemas; hay que formar una generación apta para manejar nuestra economía”.<sup>17</sup>

Unos meses antes escribía en la misma revista:

Fuimos los primeros en hablar y escribir sobre economía dirigida. Fuimos los primeros en hablar de un plan socialista. Todavía nadie ha creído oportuno ocuparse de esos problemas socialistas modernos. Pero ya empieza Bélgica. El Partido Socialista dióse un plan y se lanzó a la acción. Reclamó el gobierno y la nación entera aceptó, contra la minoría reaccionaria, un gobierno casi socialista.

Y agregaba: “Actuar en la economía nacional no quiere decir nacionalismo ni autarquía, ni economía cerrada. Hay que empezar por arreglar las cosas internas si queremos restaurar la economía internacional pues lo contrario es imposible”. Y concluía:

Hay que lanzarse a una acción concreta, estableciendo una economía mixta, provocando reformas de estructura y no de simple repartición. Ni con las reformas solamente, aunque siempre necesarias, ni con la estridencia inconducente y en desuso.<sup>18</sup>

Si la influencia de la discusión europea y en especial de la tradición austromarxista es evidente en esos planteos, la figura y la acción partidaria que más siguieron los difusores argentinos de este neorreformismo fueron las de Henri de Man y el Partido Obrero Belga.

Junto con Otto Bauer, el belga Henri de Man aparece en el horizonte del socialismo europeo, sobre todo luego de la crisis de 1929, como una de las figuras más polémicas e innovadoras. La tesis principal de De Man sostiene que el fin del socialismo de Weimar significa el agotamiento de una fase del movimiento socialdemócrata que, habiendo acu-

<sup>17</sup> “Preocupaciones socialistas del momento”, en *Revista Socialista*, No. 67, diciembre de 1935.

<sup>18</sup> “Por un Plan Socialista”, en *Revista Socialista*, No. 60, mayo de 1935.

mulado una gran fuerza organizativa y reivindicativa, dejó a los trabajadores desarmados frente a la crisis capitalista y al nazismo, debido a una política corporativa y sectaria, poco creativa, en la relación entre partido, sindicatos, cooperativas y clases medias. Luego de varios trabajos en los que busca una actualización del pensamiento de Marx –su obra más importante en ese sentido es *Au dela du marxisme*, de 1926– en 1933 redacta un “Plan de Trabajo” que el socialismo belga adopta como su programa de gobierno, con el que participa como ministro de Obras Públicas y luego de Finanzas en un gobierno de coalición entre socialistas y católicos.

Las tesis de De Man se orientan contra la disyuntiva entre ideología revolucionaria y práctica reformista y coloca como alternativa superadora de ese conflicto secular en el movimiento socialista la problemática de las “reformas de estructura”, entendidas como opción entre capitalismo y socialismo para la realización de una “economía dirigida”.

La influencia de sus puntos de vista –combatidos duramente por la ortodoxia socialdemócrata y por el estalinismo– se expandirá en Europa a autores franceses como André Philip –autor de un libro titulado *La Revolución Constructiva*– y Lucien Laurat, frecuente colaborador de la *Revista Socialista*; a la corriente laborista inglesa liderada por G. D. H. Cole y dentro del movimiento sindical a la CGT francesa, que en 1935 adopta el Plan de Trabajo como su programa. Entre nosotros, el principal vocero de sus tesis será la *Revista Socialista*, que en numerosas de sus ediciones publica artículos de De Man y sus colaboradores e informes sobre las actividades del Partido Obrero Belga y sobre los sindicatos y confederaciones europeas que adherían a sus planteos. En su edición 45, de febrero de 1934, publica el Plan de Trabajo, antecedido en el número 44 de ese año por un artículo de De Man que presenta la temática de las reformas de estructura. Sostenidas por un

frente anticapitalista de clase obrera y clases medias, con la condición –señala– “de radicalizar en sentido anticapitalista la propuesta” y no sólo, como hasta ese momento, plantear “reformas de redistribución”. No se puede ya, en opinión de De Man, “repartir la torta sino hacer otra torta”.

Los temas fundamentales del político belga que la corriente neorreformista del socialismo argentino recogerá casi puntualmente serán la necesidad de que el movimiento obrero y socialista abandone su actitud pasiva frente a la crisis porque el reformismo de reparto ya ha perdido vigencia y se impone la instalación de una economía mixta y dirigida a través del uso del poder político y de un Plan nacional. Dicha conquista del poder deberá basarse en la constitución de una mayoría que englobe a las clases medias. Las medidas principales serían: nacionalización del crédito, para poner en marcha políticas que desarrollen el mercado interno; nacionalización de las industrias básicas; creación de un Consejo Económico Social con participación de los sindicatos y reforma política que refuerce la capacidad de gobierno del Ejecutivo y la capacidad de control del Parlamento.

La prédica que la *Revista Socialista* hará sobre estas cuestiones será insistente, al menos hasta 1936, en que las referencias a De Man habrán de diluirse, aunque no los temas por él planteados. La dirección del partido no hará demasiado hincapié en ellas –no hay ninguna referencia a favor por parte de sus líderes más tradicionales– y la fracción de izquierda combatirá los planteos de De Man agresivamente.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> En su primer número de octubre de 1934 la revista *Izquierda* se enfrenta con las ideas de De Man a las que califica como “centristas” por no plantearse la “cuestión del poder”, que era la obsesión ideológica de la fracción de izquierda. La peligrosidad del “centrismo” deriva de que “impide el pasaje a la verdadera izquierda”. Curiosamente, ése era el mismo argumento utilizado por Rodolfo Ghioldi contra Marianetti y Giudici



## Un texto renovador

Un hito importante del desarrollo de la corriente neorreformista fue la publicación del libro de José Luis Pena, diputado nacional durante toda la década, *¿Patrón oro y libre-cambio?*. Editado por La Vanguardia en 1936, señala el punto más alto dentro de los intentos de renovación de las ideas económicas que quedaban como herencia justista. El libro es prologado por Alfredo Palacios —figura descollante en la tribuna y en el Senado pero que no ocupa cargos partidarios—, quien advierte que en el texto se planteaban “problemas tales como la protección aduanera y el librecambio que conducen a una necesaria revisión de conceptos y criterios que el socialismo hasta ayer había considerado inamovibles”. Que se trata de un libro polémico lo expresa el propio autor al describir las dificultades que sus posiciones, similares a las de Bogliolo,<sup>20</sup> tuvieron con la dirección del partido y en el interior del Grupo Parlamentario, en el que sólo encontró solidaridad en Palacios, en relación con la “necesidad de elaborar un plan de acción más en consonancia con la verdadera realidad económica del país y del mundo”.

Atendiendo a lo central de su argumentación, Pena señala que en el momento anterior a la crisis los socialistas eran fervientes partidarios del librecambio, tanto en la política interna de nuestro país cuanto en las proposi-

---

cuando éstos planteaban posiciones de izquierda dentro del PS: bloquear el pasaje de los trabajadores a su verdadero “partido de clase”.

<sup>20</sup> En una nota bibliográfica publicada en el No. 75 de agosto de 1936 de la *Revista Socialista*, Bogliolo saluda la aparición del libro de Pena como parte de una lucha “que desde 1931 se propone la divulgación de conceptos sobre los nuevos aspectos que presenta la economía mundial y para difundir la economía dirigida”. Señala también que el autor “analiza la marcha de la economía mundial dejando traslucir su simpatía por el gran economista Keynes”.

ciones a los congresos internacionales, fundando esta proposición en el carácter universal de la expansión inglesa y en el aspecto semi-colonial de nuestra producción agropecuaria. Y agrega (p. 30):

País el nuestro atado a fuertes obligaciones financieras con Inglaterra, acostumbrados desde el comienzo de nuestra vida independiente a exportar a dicho país los grandes saldos de nuestra producción agropecuaria, lógico era que nos decidiéramos por el librecambio como lo hicimos.

Pero la guerra trastornó en pocos años la obra de todo un siglo y después de la década de 1930 la situación se agravó: cada país debió recurrir entonces al control de cambios. Así (p. 152),

El control de los cambios es un precioso elemento de información económica para el Estado. La economía dirigida tiene en ese control una base estadística de primer orden para apreciar en todo su valor las verdaderas necesidades del país. Debemos buscar entonces, por medio del sufragio esclarecido y conciente, el apoyo a un plan socialista de reconstrucción económica y financiera usando los nuevos moldes que el capitalismo ha creado para su marcha.

Si bien insiste en que sigue creyendo en las ventajas del librecambio, “la economía del mundo está ahora más enferma que nunca y es imposible esperar ingenuamente que operen leyes ocultas o divinas que restablezcan el ansiado equilibrio”.

Luego de la crisis, la situación argentina ha variado y si bien la Argentina está lejos de ser un país industrial, no puede negarse que las industrias se desarrollan cada vez más entre nosotros.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> La idea de una distinción entre industrias “naturales” y “artificiales” viene de Justo. En un país de base agro-

Cuando la política económica de cada país –dice Pena– toma la orientación que se llama nacionalista, los socialistas debemos hacernos cargo de la realidad y presentar las soluciones que consultan nuestros principios y finalidades. No ganaremos nada si continuamos sosteniendo teóricamente las grandes ventajas de un sistema económico (el librecomercio) que cada vez más se aleja de las posibilidades inmediatas o remotas de la acción práctica.

El diagnóstico culmina con la descripción de un mundo en el que domina el capital financiero y en el que la crisis del liberalismo económico ha eliminado la competencia. “Ya no hay más capitalismo sano.” La economía debe ser ordenada por un Plan, “convencidos de que por largos años el mundo no puede esperar la vuelta del librecomercio”.

### **Cambios al fin de la década**

El último gran congreso del Partido Socialista en la década fue el XXIV, realizado en julio de 1938. En él se formalizará un viraje hacia nuevas posiciones en materia económica, inspiradas en buena parte en las tesis del neorreformismo, y se explicitará la necesidad de construcción de frentes políticos de defensa de la democracia.<sup>22</sup>

El congreso se plantea la necesidad de ajustar la propuesta tradicional, expresada en el Programa Mínimo, a las nuevas realidades

---

pecuaria la industrialización sana supone un encadenamiento agroindustrial que aproveche, sin recurrir a un proteccionismo arbitrario y artificial, nuestras ventajas comparativas. En cuanto al control de cambios vale decir que cuando fue implantado por Uriburu en 1930 encontró una firme oposición del Partido Socialista y de la CGT.

<sup>22</sup> Con respecto a lo primero Bogliolo manifestará su satisfacción “ya que desde 1932 venimos sosteniendo estos puntos de vista”. Cf. *Revista Socialista*, No. 97, junio de 1938.

de la época, cuando el partido había perdido abruptamente, por el levantamiento de la abstención radical, su base parlamentaria. En lo político, el eje se colocó en la construcción de las alianzas necesarias para defender la legalidad y el sufragio libre, quebrados por la “oligarquía fraudulenta” de manera descarada en la elección presidencial de 1937. Esa iniciativa, que buscaba ampliar las bases de la Alianza Civil de 1931 a través de la presencia de los radicales, fue sistemáticamente rechazada por éstos. Comenta Repetto:

Planteadas la cuestión de un frente común fue descartada inmediatamente por el doctor Alvear, quien invocó la idiosincrasia propia de su partido y la tradición de intransigencia que mantiene en materia de unión o colaboración con otros partidos.<sup>23</sup>

Pero el tema central de los cambios que se expresa en el XXIV Congreso está relacionado con las medidas económicas propuestas, que marcan un claro viraje hacia la defensa de la intervención estatal en la economía. El Congreso elabora un Plan, llamado de “Defensa Nacional”, que incluye la nacionalización y municipalización de los ferrocarriles y todo tipo de transporte en manos extranjeras, de la electricidad, del petróleo, de las fuentes hidroeléctricas, de los minerales y del crédito y la banca. Asimismo, se proyecta el control nacional sobre los monopolios extranjeros en las distintas ramas de la producción.

Este cambio de rumbo hacia el nacionalismo económico se complementaba con la intensificación de las demandas para una legislación que incluyera la semana laboral de 40 horas, el salario mínimo y la implantación de un seguro contra el desempleo, los accidentes de trabajo, la enfermedad, la invalidez, la vejez y la muerte y un plan nacional de obras

<sup>23</sup> Nicolás Repetto, *Mi paso por la política*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1957, p. 201.

públicas. Quedaban en pie las tradicionales propuestas sobre la cuestión agraria, la política fiscal, la política educativa y se incorporaban reformas políticas como la elección del Presidente por el Congreso y la supresión del Senado.<sup>24</sup>

Este intento de “aggiornamiento” programático marcará el punto más alto del proceso de adaptación del partido a los cambios expresados por la poscrisis argentina y por la discusión nacional e internacional: la herencia de Justo parecía encontrar una reinterpretación acorde con el fin del marco ideológico del liberalismo económico y político. Pero otros acontecimientos ralentizarían esa transformación hasta que, a comienzos de la década de 1940, ese impulso habría de orientarse hacia otras metas. En efecto, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la vuelta al fraude y el autoritarismo, tras la renuncia y muerte del presidente Ortiz y la asunción del mando por Ramón Castillo, habrían de colocar la dicotomía fascismo-antifascismo en el núcleo de la acción partidaria. La orientación social y nacional prevaleciente en el Congreso de 1938 iba a ser desplazada por la defensa, interior y exterior, de las libertades democráticas –acentuada tras el golpe militar de 1943 y la consiguiente persecución de las fuerzas polí-

ticas– mientras las demandas de justicia de los trabajadores permanecían en pie y el socialismo perdía lo ganado durante la década.

La dicotomía fascismo-antifascismo era un tema significativo para las clases medias pero no necesariamente para los trabajadores, que recogían del yrigoyenismo una vieja tradición de neutralidad.

Una figura central de la vieja guardia partidaria habría de advertir ese peligro un par de años antes de su muerte. En septiembre de 1942, Mario Bravo sostenía en el Parlamento:

Ha muerto el viejo mundo antes, mucho antes de este momento. Viene la hora de la revolución de la postguerra: la revolución en la economía, la revolución en las finanzas, la revolución en la política. Porque el régimen es el que se está dilatando hoy y algunos creen eterno porque viven su propio horario, porque viven su propio reloj, porque viven su propio almanaque, que no es el horario de la historia ni es tampoco el almanaque de los acontecimientos. No lo van a presenciar, pero serán los responsables de haber dejado al país sin los resortes necesarios, sin las previsiones indispensables para canalizar las inmensas corrientes que de todos los lados van a agitar la vida social argentina.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Cf. XXIV Congreso Ordinario del Partido Socialista, Talleres Gráficos La Vanguardia, s/f. Y *Problemas Argentinos, Planes socialistas para su solución*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1938.

<sup>25</sup> Citado en Dardo Cúneo, *Mario Bravo, poeta y político*, Buenos Aires, CEDAL, 1985.